Fernando Romero. *Safari Africano y compraventa de esclavos para el Perú (1412-1818)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Universidad San Cristóbal de Huamanga, 1994. 275 p.

A finales de la Edad Media, la esclavitud prácticamente había desaparecido del mundo occidental, y sólo subsistía ya, en forma de esclavitud doméstica, en los países mediterráneos. Sin embargo, del siglo XV a la primera mitad del siglo XIX, la trata de negros —es decir, la compra y exportación de esclavos— se caracterizaría por la reaparición masiva de la esclavitud en determinadas zonas de América. Puede decirse que se trató de la mayor inmigración intercontinental de la historia antes del siglo XIX: cada año, durante tres siglos, atravesaron el Atlántico, por término medio, más africanos que europeos. En estas condiciones, ¿debe sorprendernos que un fenómeno de tanta amplitud dejara profundas huellas en las ideologías y en los rasgos culturales de la sociedad americana? Evidentemente que sí, y un país como el Perú, que recibió durante su período colonial gran cantidad de mano de obra esclava, no escapa a esta problemática continental. Cuando el presidente Castilla decreta la manumisión definitiva en 1854, el número de esclavos era de casi 26 mil, cifra que representaba el 1.3% del total de la población. Esto sin contar los negros libertos y las demás castas producto de cruces de población africana con indios, mestizos o blancos.

Después del ya clásico estudio de Frederick Bowser (*The African Slave in Colonial Peru. 1524-1650*, Stanford University Press, 1974) y del más reciente de Carlos Aguirre (*Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854*. Lima: Pontificia Universidad Católica, 1993) son pocos los que se han ocupado exclusivamente de la población de origen africano en nuestro país. Es cierto que allí están los estudios fragmentarios o monografías de Javier Tord, Alberto Flores-Galindo, Christine Hünefeldt o Wilfredo Kapsoli; sin embargo, no abundan los estudios

globales, serios y bien documentados sobre el tema que reseñamos. El caso de Fernando Romero (Lima, 1905), historiador, marino y viajero incansable es peculiar. Durante toda su vida, al margen de muchas ocupaciones y preocupaciones intelectuales, su pasión fundamental fue el estudio de la presencia africana y la cultura negra en el Perú. Durante décadas se dedicó a reunir suficiente bibliografía e importante documentación sobre el negro y el Perú, problema cuyo análisis está íntimamente ligado a la formación de la cultura peruana de hoy. Luego de algunos artículos eruditos y de sus *El negro en el Perú y su transculturación lingüística* (Lima, 1987) y *Quimba, Fa. Malambo, Ñeque* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1988), el texto que hoy nos ofrece representa un esfuerzo de síntesis que tiene un ingrediente adicional, además de original para el caso peruano: incorporar al estudio, con afán totalizador, la realidad del Africa Negra, donde los infortunados esclavos eran capturados como animales salvajes, hasta los mercados americanos –y peruanos– donde se les vendía (Primera Parte); asimismo desarrolla los avatares del tráfico internacional de negros al Perú (Segunda Parte) y los proyectos frustrados de manumisión u opiniones frente a la esclavitud (Tercera Parte).

Se trata, desde luego, de un esfuerzo encomiable, a pesar que el autor se lamenta no haber podido extender su estudio hasta 1842 como lo había deseado desde el principio. De todas maneras, sugiere tres líneas de investigación que deberían profundizarse a partir de lo ya trabajado: *Historia de los afronegros del Perú durante el lapso de 1818-1854*, tema que él mismo abordó someramente en su “Papel de los descendientes de africanos en el desarrollo económico-social del Perú” (en *Histórica*, tomo IV, vol. 1, 1980) y en el ya citado estudio de Carlos Aguirre, quien lo ha hecho magistralmente para el caso de Lima; *Recolección de patronímicos, gentilicios y toponímicos*, veta también explotada por Romero en 1987 y 1988; y *Estudio del negro colonial peruano en sus aspectos psicológico y social*, ensayado hace algunos años, muy parcialmente, por Javier Tord en su “Cimarrones, palenques y bandoleros. Valle de

Lima" (en *Hacienda, comercio, fiscalidad y luchas sociales. Perú colonial*. Lima: Biblioteca peruana de historia, economía y sociedad, 1981).

Finalmente, pensamos que aún el tema de la presencia africana, al menos para la época colonial, no ha sido profundizado cabalmente. Es cierto que el estudio de Bowser es pionero, global e interesante, y que la aproximación de James Lockhart (*Spanish Peru 1532-1560. A colonial Society*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1968) es muy útil para comprender la vida de los negros en Lima poco después de la ocupación española, así como el de Flores-Galindo para el período colonial tardío (*Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830*. Lima: Mosca Azul, 1984). No obstante, faltan más estudios sobre, por ejemplo, la mentalidad del esclavo en el Perú colonial o la imagen que tenían los grupos dominantes, especialmente los de la costa, acerca de la población esclava. Nadie, por ejemplo, se ha ocupado de las connotaciones racistas que supuso la "trata" de negros desde el siglo XVI en el Perú. Sabemos que el racismo como teoría, en su forma más elaborada y pseudocientífica, data de finales del siglo pasado y comienzos de éste. Pero no hay duda de que sus raíces se remontan a los siglos anteriores, y que el tráfico de esclavos desempeñó un papel esencial en la génesis de esta teoría. Sabemos que fue con respecto a los negros cuando el racismo se manifestó de manera más precoz y siempre con el mayor vigor; el color diferente de la piel contribuía, a los ojos de los sectarios, a darle un carácter de evidencia irrecusable. O también sentimiento de temor con respecto a un posible levantamiento de negros como sucedió en Haití en 1791 y que trajo hondas repercusiones en la sociedad limeña; recordamos que según algunos historiadores, ese fue el principal móvil para que la élite capitalina llamara/recibiera con entusiasmo al ejército de San Martín en 1821. A nivel mundial, de otro lado, hay que tener en cuenta que la abolición de la esclavitud en los últimos países de América donde subsistía coincidió con la conquista colonial y el reparto del África por parte de las principales potencias europeas: mantenida de otra forma, en

lo sucesivo la inferioridad del negro sería justificada por el racismo.

Tema aún no cerrado, el libro de Romero nos invita a seguir reflexionando el tema y buscar un sinnúmero de líneas de investigación. Sólo así podemos llegar a comprender nuestra identidad cultural y nuestra posibilidad como nación. Nadie duda que el elemento africano es crucial dentro de esta perspectiva.

Juan Luis Orrego